



Aviso de la defensa del español

Camilo José Cela

Discurso de inauguración
del II Congreso Internacional
de la Lengua Española
16 de diciembre de 2001

El cordobés Séneca nos pide medida hasta en el sufrimiento, el belmontino Gracián nos aconseja que seamos breves. Pues bien, medida y brevemente, siguiendo estas dos sabias y prudentes normas y por respeto a mi alto auditorio, pruebo a dar mi aviso de la defensa del español, la lengua en que a Cervantes, al decir de Unamuno, Dios le dio el Evangelio del Quijote: la lengua en la que tenemos nuestra histórica e inmediata circunstancia y la fortuna de saberla digna y suficiente, firme y saludable, lozana y adecuada a los usos, afanes y necesidades que nos animan a seguir viviendo en ella y, en mi caso, también para ella y de ella.

La noticia de la Gramática de Nebrija estuvo hace no mucho en boca de todos con motivo de su quinto cumpleaños y con frecuencia se nos recuerda que en ella y no más comenzado el prólogo, su autor dice a Doña Isabel, Reina y Señora natural de España, que siempre la lengua fue compañera del Imperio. Pongamos en el lugar de la palabra señaladora de este solemne concepto, envejecido ya tras los quinientos años pasados desde entonces, una voz que designe alguna noción en actual candelero, por dispares que pudieran parecerse las unas de las otras, cultura, nota o marca o seña de identidad,

revolución, mercado, lo que fuere, y no nos será difícil intuir lo que quiso señalar Nebrija, esto es, que la lengua es un arma, una herramienta primordial, insustituible por ninguna otra y necesaria para darnos sentido y presencia y abrir las más amplias perspectivas a nuestros anhelos.

Repárese en que el pensamiento de nuestro glorioso gramático, puesto al día, cobra una frescura que nos alerta de su verdad, y no olvidemos tampoco su serena y cierta advertencia en este trance de hoy. Ahora nos corresponde dejar constancia de la idea de Cervantes de que no hay ningún camino que no se acabe como no se le oponga la pereza y la ociosidad; propongámonos no olvidar esta sutil sabiduría cuya presencia tanto vamos a necesitar.

La posibilidad de entendimiento crece o mengua en función del auge o la desnutrición de otra posibilidad condicionadora, la de la comunicación. Los europeos del siglo XX dejamos escapar de la mano la bendición que hubiera supuesto convertir, mejor dicho, conservar al latín como la lengua culta internacional, y los españoles del siglo XXI tendremos que estar alertas para evitar que el español deje de ser la lengua común de los españoles, lo que sería un despropósito histórico e incluso político.

Como amante de la lengua, de las lenguas, de todas las lenguas —y no digamos de las españolas: el español, el catalán, el gallego y el vasco— preconizo que juguemos a sumar y no a restar, que apostemos al alza y no a la baja, que defendamos la libertad de las lenguas y sus hablantes, soñemos con la igualdad de propósitos y troquemos la fraternidad de los juegos florales y los discursos de artificios y su escenografía caduca e inoperante, por la justicia de la implacable erosión semántica, esa ilusión que acabaría perfeccionando al hombre en paz. Sí. No usemos la lengua para la guerra, y menos para la guerra de las lenguas, sino para la paz, y sobre todo para la paz entre las lenguas. De la defensa de la lengua, de todas las lenguas, sale su fortaleza, y en su cultivo literario se fundamenta su auge y su elástica y elegante vigencia.

Quisiera ser muy cauto en mis apreciaciones —y no sólo por el ya aludido respeto que debo a quien se lo debo, sino también por el que siento hacia la lengua en la que me honro expresándome— pero tampoco debo dejar huir este momento que se me brinda para no callarme: quien la ocasión pierda, decía San Juan de la Cruz, es como quien soltó el avecica de la mano, que no la volverá a cobrar.

Os suplico que me oigáis, Majestades, Señor Presidente, señores y señores. Los españoles y los hispanoamericanos somos dueños y usuarios de una de las cuatro lenguas del ya próximo futuro, ya sabéis bien que las otras son el inglés, el árabe y el chino, dicho sea sin desprecio de ninguna otra y guiado no más que por consideraciones de inercia histórica en las que, claro es, ni entro ni salgo. Nuestra lengua, el español, ha venido siendo ignorada, cuando no zaherida, oficial y administrativamente entre nosotros y desde que la memoria alcanza, y tan sólo en estos gozosos momentos y con motivo de la creación del Instituto Cervantes que ahora da todavía sus primeros pasos, parece que se hace una clarita en nuestro horizonte. ¡Ojalá la suerte nos acompañe a todos!

Es doloroso que siendo la nuestra una de las lenguas más hermosas y poderosas y eficaces del mundo, nadie, hasta hoy, se haya preocupado de enseñarla por ahí fuera y de defenderla por aquí dentro, donde tampoco es atendida como es debido. Y que nadie achaque a la Academia las culpas que le son ajenas por cuanto languideció durante largos años en la más indigente inopia; la culpa fue del Estado que ahora parece arrepentirse de graves y pretéritos errores y aun olvidos. Los españoles hemos visto cómo se perdía el español en las Filipinas, cómo va camino de perderse en Guinea, en el Sahara y, ¡ay! entre los hijos de los emigrantes españoles a Europa, cómo no supimos enseñárselos a Europa, cómo no supimos enseñárselo a los rifeños y cómo lo

zarandeamos y vapuleamos entre nosotros; parece ser que, por fin y en buena hora, estamos conjurando, atajando, el peligro de que nuestros nietos tuvieran que llorar la pérdida del español en la Península Ibérica. A todo puede ponerse coto con inteligencia, con paciencia y con dinero, bien es cierto, pero quizá metiendo, antes de nada, un poco de orden en nuestro pensamiento y el necesario coto a nuestras inexplicables e ingenuas vergüenzas. ¿Por qué algunos españoles, con excesiva frecuencia, se avergüenzan de hablar el español y de llamarlo por su nombre, prefiriendo decirle castellano, que no es sino el generoso español que se habla en Castilla? ¿Por qué se huye de los términos Hispanoamérica e hispanoamericano, que se fingen entender en muy desvirtuador sentido, y se llega a la equívoca y acientífica aberración de llamarles Latinoamérica y latinoamericano? ¿Por qué se olvida que en los Estados Unidos los hispanohablantes caribes, mexicanos y centroamericanos se llaman hispanos a sí mismos?, etc.

Sacadámonos falsos pudores que nos dificultan ver claro y recordemos a los americanos que hablan el español que ésta es la lengua de todos, ni más ni menos nuestra que suya ni al revés, y que todos, queramos o aun sin quererlo, somos hispanos o hispánicos o iberos o ibéricos. Y bajo cualquiera de ambos dobles gentilicios caben también los portugueses y los brasileños porque ni Hispania ni Iberia quieren decir España, que es realidad y entidad mucho más moderna, sino que señalan la entera Península Ibérica. Hace unos momentos pedía también dinero para esta noble causa. La lengua es la más eficaz de todas las armas, ya quedó dicho, y la más rentable de todas las inversiones; nunca es tarde para que empecemos a poner nuestro ahorros al servicios de futuros benéficos que serán de todos y que servirán para todos.

Y me callo ya porque tampoco soy quien para abusar del tiempo que se me regala; porque, según Alfonso X el Sabio, el mucho hablar hace envilecer las palabras y porque, para Cervantes, siempre Cervantes, no hay razonamiento que, aunque sea bueno, siendo largo lo parezca.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo